

# Sabor a mar

Tessa Cooper

© de la obra: Raquel Haro Ruiz

Instagram: [@tessacooperescritora](https://www.instagram.com/@tessacooperescritora)

Twitter: [@Tessa\\_escritora](https://twitter.com/@Tessa_escritora)

[tessacooperescritora@gmail.com](mailto:tessacooperescritora@gmail.com)

1ª edición: junio 2023

Diseño de cubierta: María Latorre

Corrección: Érika Gael

Registro propiedad intelectual SafeCreative: 23032738742417

ISBN: 978-84-09-51080-1

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual. Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

*A Tamara Marín, amiga, escritora, madre y, ante todo, una mujer fuerte.  
Porque no cualquiera está dispuesto a saltar vallas;  
porque nos aferramos a la certeza de que el tiempo y el amor pueden con todo.*

A veces hay que seguir como si nada.  
Como si nadie. Como si nunca.

Frida Kahlo

## Prólogo

Un tiempo atrás

*Si supiéramos el momento exacto en el que nuestra vida está a punto de cambiar, quizá nos quedaríamos quietos para que ese instante pasara de largo sin causar efecto alguno; o puede que nuestras piernas echaran a correr en esa dirección, a todo trapo, con el ansia como compañera de viaje, en pos de un futuro mejor.*

*Mike, conocedor de que el encuentro que se produciría esa mañana modificaría en cierto modo su existencia, no tomó, sin embargo, ninguno de esos caminos: se levantó antes del amanecer, como todos los días; salió a correr; desayunó, e impartió la primera clase de meditación de la jornada, así como la de yoga para principiantes. Tras despedirse de sus alumnos, cerró el aula, dejó atrás Atlantis y se encaminó hacia su destino con la calma que de la que solía hacer gala.*

*Al divisar el mar, inhaló y exhaló por la nariz. Bajó los párpados unos segundos cuando la arena calentó las plantas de sus pies, y encogió los dedos para percibir su tacto. Una leve brisa acarició su rostro y el olor a salitre le inundó las fosas nasales, recordándole por qué era ese, y no otro, el lugar en el que su mundo cobraba sentido.*

*A medida que se acercaba a los dos únicos bañistas que le interesaban en toda la playa de Byron Bay, su corazón latió con una fuerza tan descomunal que las piernas se le doblaron. Quedó sentado a poca distancia de Jason, que instruía a Cameron, encaramada sobre una tabla de surf a escasos metros de la orilla. Era la primera vez que Mike la veía; sin embargo, Jason le había hablado tanto de ella que era como si la conociese a la perfección. Posiblemente ese fue su primer error; con el tiempo llegarían*

*más. Siempre había sido así y siempre lo sería. A ellos, el mundo nunca se lo pondría fácil.*

*Pasmado, contempló en silencio la escena que se desarrollaba frente a él. Él, que había creído que Jason no sentiría por nadie nada más fuerte que lo que sentían ambos, el uno por el otro. La venda de sus ojos cayó igual que lo haría la hoja de un árbol en pleno otoño: la manera en que abrazaba a Cameron cada vez que esta se escurría de la tabla, para colocarla de forma correcta; la dulzura en su voz; las carcajadas de los dos, entrelazadas en una melodía hipnótica. El aura que los rodeaba, las vibraciones. Por mucho que Jason hubiese afirmado lo contrario, entre ellos el amor fluía de una forma tan natural que Mike se sintió un fisgón.*

*Se incorporó, con la vista fija en la arena, dispuesto a postergar la presentación para un momento menos intenso. Justo antes de que girase sobre sus pies, Jason se percató de su presencia.*

*—¡Mike! —Jason salió del agua, con la tabla de surf bajo el brazo y Cameron a su lado—. Cam, él es Mike. Mike, ella es Cam.*

*—Hola. —Cameron le tendió la mano.*

*Mike, que había alzado la suya para estrechársela, acabó por interceptar con ella un frisbi cuyo objetivo era la cabeza rubia de Cameron.*

*Y así fue como él, un hombre conocido por su serenidad, descubrió que su instinto de protección más básico seguía latente bajo su piel, por muchas horas de meditación que llevase a sus espaldas. Envió el frisbi de vuelta a sus dueños con un rápido movimiento de muñeca, bajo la atenta mirada de unos llameantes ojos oscuros. El contacto de los dedos de Jason en su hombro, junto con su sonrisa torcida, lo devolvió al ahora.*

*Mike bajó la vista y se dejó acunar por un azul más cristalino que el que se mecía detrás de ellos, ola tras ola. Aceptó que no necesitaba más*

*para que un amor puro brotara en su pecho y superara a cualquier otro. Con una alegría extrema, acogió por primera vez la mano de Cameron entre la suya y miró a su compañero, que se limitó a asentir con una expresión de orgullo en el rostro. No necesitaron palabras ni entonces ni nunca: su vida jamás volvería a ser como había sido hasta unos minutos antes.*

## 1 Un viaje de huida

*Lunes, 27 de octubre*

Lucas corrió por el pasillo de salidas del aeropuerto de Ballina como si la vida le fuera en ello. En realidad, sí que le iba: lo poco que pretendía conservar de sus últimos años estaba empaquetado en la maleta que alguien había confundido con la suya en el baño. Miró a los lados: ni rastro de su equipaje. Demasiados viajeros ajetreados de un lado para otro, demasiadas formas rectangulares que revisar, y a lo lejos, un grupo de personas de camino a las escaleras mecánicas.

Por megafonía, la voz metálica que le recomendaba no perder de vista sus pertenencias se le clavó como un puñal en los tímpanos. Un sudor frío le recorrió la columna. Mierda. Si es que parecía un pueblerino que salía por primera vez de su país. Solo cuatro cosas: una fotografía que había impreso en una de las escalas; unos planos que tenían más de una década; un libro con las esquinas de las páginas dobladas, frases subrayadas en verde fosforito y algún que otro tachón para canalizar su rabia, y una carta de su puño y letra, que había escrito unas horas atrás, para leer en momentos de desesperación. Era lo único que le urgía recuperar. La ropa, los zapatos y el resto de los enseres, como si los quemaban en una puta hoguera o los revendían en el mercado negro.

«Lo único», se repetía una y otra vez mientras sus ojos continuaban una búsqueda infructuosa.

«Lo único» lo era todo.

A riesgo de que, a través de las cámaras de seguridad, alguien determinase que constituía un peligro público y Lucas acabase dando con sus huesos en un cuartucho de la policía, se subió a un enorme macetero;



puede que esos sesenta centímetros de más lo ayudasen en su labor. Las costillas se le hundían un poco más con cada respiración, oprimiéndole los pulmones. La escasa energía que conservaba en su cuerpo tras el desgaste de las últimas semanas se desvanecía con cada maleta que examinaba sin éxito. Acabó por no distinguir nada, solo bultos oscuros sobre un fondo gris que, a cada segundo que transcurría, se fusionaba más con el negro.

Se ahogaba.

—Disculpa. —Jason observó al chico de tez blanquecina que parecía al borde de la apoplejía—. Hummm..., ¿me escuchas?

Lucas no se percató de que alguien le hablaba hasta que notó un par de toquécitos en el tobillo. Sumido en la oscuridad como estaba, le costó fijar la vista en esa dirección: un individuo de sonrisa insultante sujetaba su maleta frente a él.

—Vaya... —Bajó del macetero. Al hacerlo, sus piernas fallaron y trastabilló. El hombre lo agarró por el codo con rapidez y lo sostuvo hasta que Lucas recuperó el equilibrio.

—¡Wow! Ya pasó, colega. Me he confundido en el baño y me he llevado tu maleta por error. Lo lamento. Por cierto, soy Jason.

Lucas lo miró a él, después a la maleta, sus cuatro cosas, y de nuevo a Jason, que no dejaba de sonreír.

—Sí. Perdona. Soy Lucas. Son prácticamente iguales. —Señaló los dos *trolley*.

—Bueno, el tuyo tiene un rayón en el lateral izquierdo. Me he parado un momento a llamar por teléfono y me he dado cuenta. Al verte ahí subido, he imaginado que tú eras el dueño. Bueno, tu cara de desesperación también ha ayudado.

Lucas, a quien los años habían convertido en una persona de mecha corta, se limitó a contestar:

—Menos mal. No sé cómo te hubiese encontrado si no.

—Fácil. Tienes todos mis datos anotados en la etiqueta que hay para estos casos en la parte trasera de la maleta. Además, al llegar a casa y ver que con mi código yo no podía abrirla, hubiese llamado a objetos perdidos para avisar. No me dedico a sustraer equipajes ajenos en los aeropuertos.

La sonrisa de Jason se ensanchó tanto que a Lucas le dieron ganas de borrarla de un puñetazo. Había estado a punto de sufrir un colapso, y el otro, pitorreándose en su jeta.

Realizó el intercambio con unas ganas locas de alejarse de tanta alegría.

—Arreglado. Y gracias por dar media vuelta.

Giró sobre sus pies y se dirigió a la salida. Para su disgusto, Jason se situó junto a él. Menuda suerte la suya: de entre todos los pasajeros con los que el azar lo había obligado a compartir destino, iba y se cruzaba con un gracioso.

—Y dime, ¿negocios o placer? Yo diría que lo segundo, aunque nunca se sabe.

—Ninguna de las dos cosas.

—¡Eso es imposible! —Jason se paró en seco. Lucas lo imitó, con resoplido incluido; tras ellos, un grupo de chicos se quejó por el frenazo repentino—. A no ser que hayas venido para quedarte. Español, ¿verdad?

—No. No he venido para quedarme. Sí. Español.

—¿Entonces?

—Estaré un tiempo por aquí. Cualquier rincón de Australia me vale.

—¿No tienes alojamiento ni para la primera noche?

—Algo encontraré. Tengo en mente una ruta para los primeros días.

Jason lo examinó de pies a cabeza. No se fijó en su ropa o en su aspecto; Lucas ya le había dejado claro con su actitud que su desenfado le molestaba sobremanera. Aunque eso le divertía, miró más allá del físico hasta que halló la respuesta.

Consciente del escrutinio, Lucas se revolvió inquieto.

—¿Es un viaje de huida? —Cualquier atisbo de entusiasmo había desaparecido del rostro de Jason.

—Sí —afirmó Lucas, sin titubear. El solo hecho de que otra persona considerara esa posibilidad sin mirarlo con pena le proporcionó cierta calma. Sus hombros se relajaron.

Jason, que notó de inmediato su reacción, irradió de nuevo un aire de júbilo que descolocó a Lucas, aunque, en esta ocasión, el impulso de agresión no se apoderó de él.

—Resulta que mi socio y yo regentamos un hotel llamado Atlantis, en Byron Bay. Alquilamos habitaciones con baño propio. También disponemos de zonas comunes: comedor, cocina, lavandería... Si te interesa, en estos días hay una disponible. Tengo el coche en el aparcamiento.

A Lucas, agotado por las dos escalas, las más de treinta horas de viaje y la vida en general, se le abrieron los ojos como platos.

—¿Por cuánto?

—Permíteme que primero te lo enseñe. Después, ya hablaremos del vil metal. La primera noche corre a cuenta de la casa, para compensar el mal rato y el infarto que casi te provocó. ¿Trato hecho? —Jason alargó la mano, que Lucas estrechó sin más.

Los dos hombres abandonaron el aeropuerto de Ballina en dirección a Byron Bay, sin sospechar que el intercambio de dos maletas conduciría más allá de una simple y rápida transacción comercial.

\*\*\*

Al subirse al Jeep, Lucas envió un mensaje:

**Lucas**

Acabo de aterrizar en Ballina. Tengo alojamiento para la primera noche en un lugar llamado Atlantis, de Byron Bay. Persona de contacto: Jason. En cuanto llegue, te facilito la dirección. Espero que el tornado que seguro que se ha desencadenado con mi desaparición no te azote en exceso. Piensa en lo último que te dije.

## 2 Déjame intentarlo

*Lunes, 27 de octubre*

Lucas cogió la primera maleta que Jason descargó del todoterreno.

—¡Wow! No la volvamos a liar: es la mía —se carcajeó Jason. Hizo entrechocar sus codos y esbozó esa sonrisa a la que Lucas acabaría por acostumbrarse.

Ante sus ojos se elevaban varias casitas de madera de un blanco nuclear. En la más grande, y que ocupaba la parte central, se leía «Atlantis» en letras azul marino, que resaltaban entre tanta pureza. La construcción se dividía en dos partes: en el bajo izquierdo, había un bar; en el derecho, unas escaleras que conducían a la segunda planta, en la que, dedujo, se encontraban las habitaciones. Desde su posición, no alcanzó a leer los carteles identificativos de los dos *cottages* traseros. Lo que más le chocó fue la caravana ubicada a escasos metros de la entrada al hotel, pegada a la valla que rodeaba el complejo.

—¿Qué tipo de alojamiento es?

—¡Hola! —Un hombre descalzo, con bermudas blancas, una serenidad magnética imposible de obviar y unos ojos oscuros como la boca de un lobo, se acercó a ellos a grandes zancadas. Tras un beso rápido a Jason, estiró la mano hacia Lucas—. Soy Mike. Bienvenido a nuestro hogar.

—Lucas. Muchas gracias. —Se la estrechó.

—Mike, Lucas me pregunta qué tipo de establecimiento regentamos. ¿Le haces una pequeña ruta y le muestras su habitación? Si me lo permitís, yo voy a darme una ducha. —Le guiñó un ojo a su pareja, que dibujó una tímida sonrisa—. Lucas, espero que cenes con nosotros.

Con cada paso que Jason avanzaba, Lucas sentía que una parte del frío más extremo regresaba. Durante los escasos treinta minutos de trayecto que separaban Ballina de Byron Bay, Jason no lo había interrogado sobre los motivos de su huida, cosa que agradeció. En lugar de eso, la conversación giró en torno a sus gustos musicales, el hecho de que en el hemisferio sur estuviesen en plena primavera y lo poco que el australiano conocía de España. Poco a poco, las costillas de Lucas se dilataron y sintió en el pecho cierto cosquilleo reparador.

Dejó de prestar atención a la figura que se alejaba para fijarla en el hombre que permanecía a su lado. Sus sentidos, agudizados por las vivencias de los últimos años, lo advirtieron a voz en grito de que el escrutinio al que Mike lo sometía no sería tan benévolo como el de Jason. Se obligó a mostrar su mejor versión, si es que quedaba algo de ella en la masa de huesos y carne con la que había ido a parar a la otra punta del mundo.

—El agotamiento por el viaje debe de ser brutal; de aquí a Madrid hay unas cuantas horas. —Mike echó a andar hacia la casa principal—. Te recomiendo que no duermas hasta la noche, o el *jet lag* se cebará contigo. El bar lo abrimos de siete y media a once y media de la mañana, de lunes a sábado. Por las noches, tras la cena, suele permanecer abierto un par de horas, aunque no siempre. Depende de cómo haya ido la jornada, de la época del año y de las necesidades de los huéspedes y de los clientes que nos visitan en busca de un lugar tranquilo y buena música.

Lucas estudió el aparcamiento para bicicletas, así como otro espacio que supuso que sería para guardar las tablas de surf. En él había también una ducha y una gran caja de madera repleta de... ¿monopatines? Miró dos veces para corroborarlo: sí, lo eran.

Accedió al porche del edificio; el suelo de tarima crujió bajo sus pies. En un lateral, bajo un saliente, que correspondía al techo del pasillo donde se repartían las habitaciones en la primera planta, una larga *chaise longue* de madera con cojines en diferentes tonos azules, una mesita baja y un par de palmeras dotaban al rincón de calidez.

Ascendió por las escaleras, decoradas con motivos marineros. Más tarde, sin Mike midiendo cada uno de sus movimientos, se detendría a examinarlos.

Su guía se paró en el distribuidor y le señaló los *cottages*.

—En el de la derecha se ubica la escuela de yoga. Detrás, aunque desde aquí no se aprecie, hay otras dos cabañas más, destinadas a aquellas personas que vienen en busca de paz o para reencontrarse consigo mismas.

No lo pudo evitar. El cuello de Lucas se dobló de forma abrupta en esa dirección. De nuevo, el sudor frío en su columna. Los iris de Mike, que parecían haber sido creados para escarbar, más que para mirar, permanecían alerta. Entre ambos se instaló un silencio sepulcral, al que Lucas puso fin con la primera pregunta que se le ocurrió:

—¿Cuál es la capacidad máxima del hotel?

—¿Hotel? ¿Eso te ha dicho Jason que es Atlantis?

—Sí.

Mike rio con tanta fuerza que la cabeza se le inclinó hacia atrás, mostrando una marcada nuez que, hasta ese momento, Lucas había pasado por alto.

—No tiene remedio.

—¿Acaso no lo es?

—Más o menos. Podría ser. —Meneó la cabeza y observó a Lucas de un modo diferente—. En la parte izquierda hay un área privada. Igual que

la segunda puerta de esta planta, es para uso exclusivo del personal. Quítate los zapatos antes de entrar; puedes dejarlos en ese zapatero. — Mike señaló un mueble de colores vivos, situado a un par de metros de distancia de la entrada.

A continuación, abrió la primera puerta.

El cerebro de Lucas se permitió el lujo de olvidar por un instante su pasado: la luz destellaba en cada uno de los rincones del pasillo y rebotaba en el blanco de paredes y muebles. Incluso el techo, que combinaba vigas de madera blancas con otras de cristal, confería al espacio una paz envidiable. Si lo hubiesen dejado caer ahí, Lucas habría creído que se encontraba en el cielo.

Quiso coger una silla y tomarse todo el tiempo del mundo para disfrutar de cada detalle. A su derecha, un espejo de cuerpo entero, enmarcado por la silueta en madera de una mujer con un par de hojas de cannabis tapando sus partes íntimas. Justo al lado, una mesa de hierro con tablero de azulejos de colores y un par de cuencos, uno azul cielo y otro azul marino. Mike le entregó unas llaves, que sacó de uno de ellos. Lo siguiente que descubrió fue un par de percheros con forma de palmera, fotografías del fondo marino, retratos y, en la última pared de todas, la que le quedaba más lejos, la imagen de un mar embravecido, que cobijaba a un surfista dentro de una inmensa ola.

Las texturas, los colores, cada elemento decorativo, todo cuanto lo rodeaba combinaba a la perfección. El Lucas arquitecto disfrutó como un enano.

—Es... magnífico.

—Sígueme. Aún te queda mucho por ver.



Mike le mostró la cocina comedor, que era casi tan grande como su piso en Madrid; los dos baños comunitarios; la habitación que compartían Jason y él; la de otro huésped, llamado Cameron, que no tardaría en aparecer, y un par más que se encontraban vacías. Él ocuparía la del fondo, cuya puerta quedaba prácticamente pegada a esa ola de mar que, a corta distancia, lo acojonó un poco. Algún hervor tenía que faltarte para meterte en semejante túnel.

Cruzó el umbral de su dormitorio. Más contrastes, texturas y combinaciones impecables.

—Son las cinco. Si te apetece, cenamos sobre las siete, en la caravana. Si no, en la nevera encontrarás de todo, y si no te convence lo que hay, al salir, a mano izquierda, encontrarás un supermercado a quinientos metros de aquí; estamos un poco alejados del centro. Puedes usar las zonas comunes a cualquier hora, sin restricciones. Libertad total.

Tras despedirse de Mike, Lucas giró sobre sus pies. No tenía ni puñetera idea de lo que costaría una noche en ese lugar, y aunque a él el dinero no le preocupaba, debía despejar esa incógnita en cuanto se le presentase la ocasión.

Se sentó en la cama, de sábanas blancas, dentro de la habitación, pintada de blanco, con un cuadro del mar en calma sobre el cabecero. Las cortinas eran de color crema, y los cojines azul claro se distribuían entre el colchón y un sillón de mimbre, justo al lado del pequeño escritorio y la silla giratoria. No entró en el baño; seguro que era igual de impresionante que el resto.

Abrió la maleta: colocó la fotografía junto a la lámpara de noche, introdujo la carta en el libro, que ocultó en el primer cajón de la mesita, y guardó los planos dentro del armario.

Mientras Lucas recordaba la importancia de tener a mano esa parte de su pasado para no repetir un patrón, a unos metros de distancia, Mike le daba su veredicto a Jason:

—Demasiado oscuro.

—Lo sé.

—No conseguirás lo que pretendes.

—Ya lo veremos. —Jason abrazó a Mike por la cintura, tiró de él y eliminó el poco espacio que los separaba—. No empieces a darle vueltas, ¿vale? Solo déjame intentarlo. Y ahora, demuéstreme cuánto me has echado de menos.

### 3 Un mejillón sin mejillón

*Lunes, 27 de octubre*

—Si te apetece, a las ocho paso por la caravana. —Sam miró de reojo a Sophie, que recogía los conos del suelo con una lentitud agónica para no perder detalle de la conversación. Todas las veces que actuaba de esa forma, y no eran pocas, las ganas de estrangularla se apoderaban de él—. Una quedada rápida; mañana madrugo.

Cameron, divertida por lo mucho que irritaba a su amiga y compañera de trabajo la actitud de su hermano, puso la palma sobre el pecho del surfista y respondió con un susurro:

—Vale. Pero, solo por martirizarla, olvídate de repetir lo del último día.

Los iris de Sam se clavaron en los suyos. Una sonrisa pícaro emergió en un nanosegundo. A Cameron no le dio tiempo de reiterarle sus palabras: el calor de otro ser humano se unió a ellos.

—Entonces, ¿qué?, ¿sí o no?

Sophie, con una bolsa llena de conos de prácticas en una mano, su monopatín en la otra y el grupo de alumnos tras ella, esperaba la respuesta. ¡Por toda la fauna marina!, pensó Cameron, esa mujer no tenía ni puñetera idea del significado de la palabra «límite».

La miró primero a ella, con asombro; después, al grupo de adolescentes, que tampoco perdían detalle de la conversación. Giró de nuevo el rostro: unos ojos verdes con motas marrones, idénticos a los de su amiga, chispeaban, triunfantes. Sam se agachó, le robó un beso en los labios que la dejó sin habla, dio media vuelta y desapareció. Mierda. Los dos eran igual de incorregibles.

—Chicos, se acabó el espectáculo. Nos vemos mañana —gritó Cam, al tiempo que cogía la segunda bolsa con el material de entreno. Después, golpeó con el talón el culo de su monopatín para que volase hasta su mano—. Mañana, clase en el agua, no lo olvidéis.

Seis monopatines percutieron contra el hormigón; risas, codazos, despedidas y el sonido de las ruedas alejándose aplacaron la tensión en el rictus de su compañera.

—Mi hermano solo quiere una cosa, Cam.

—Quizá me apetezca lo mismo que a él.

—No, de eso nada.

—A ver, listilla, ¿por qué no? Sam es un buen tipo, tiene su punto, y un cuerpazo como para que olvides que sabes nadar, te metas en el mar un día de fuerte marejada y acabe practicándote el boca a boca.

Cameron echó a andar en dirección al Blooms Surf con los labios apretados para no arrancar a reír. Además, cerraban a las seis en punto. Ni un minuto antes ni uno después. Si no devolvían los bártulos a tiempo, Archer era capaz de dejarlas en medio de la arena con los cincuenta conos y cara de bobas.

—No te lo negaré.

—Entonces, ¿no quieres que seamos cuñadas? Visualízalo: mejores amigas, compañeras de trabajo y, además, familia. Nuestros hijos crecerían juntos. Aunque para eso tú también deberías mover ficha.

Al ver el espanto en el rostro de Sophie, a Cameron se le escapó una risotada. Sophie se paró en seco. Acababa de rociarla con gasolina.

—Yo no soy como mi hermano, ¿vale? Y lo mío con... con...

—Lo siento, Me he dejado llevar. Es que me lo pones tan fácil... Pero, tranquila: le he aclarado que no pienso acostarme con él otra vez. Fue un error. Los dos lo sabemos.

—¡Buah! Error. Eso fue una hecatombe. Un antes y un después en tu vida. Y en la mía, dicho sea de paso. Y lo de que él lo sabe, ¡un carajo! Eres tan inocente....

Sophie agilizó sus pasos y la dejó atrás. Incomprensible. Era ella la que se inmiscuía en su vida y, encima, se ofendía. Archer tenía razón: «Cuando se tuerce, más te vale desaparecer sigilosamente».

Al llegar a la playa, encogió los dedos para sentir la arena bajo sus pies; aún estaba caliente. Respiró hondo y se dejó mecer por las olas que ondulaban frente a ella, como si las acompañara en ese ir y venir sin fin. Esa jornada, marcada por la calma, había atraído a pocos surfistas. Era extraño. Para ella, el mar era su hábitat. ¿Qué más daba si el silencio reinaba en él? Se encogió de hombros y caminó hacia el edificio de madera azul turquesa en el que trabajaba. Con un poco de suerte, Archer habría aplacado al tiburón blanco que, seguro, apilaba conos en el cuarto del material de *surfskate* entre resoplidos.

A medida que se acercaba a su destino, la figura de un chico de espaldas a ella le erizó la nuca. Nunca lo había visto. No es que hiciese nada que la asustara, todo lo contrario: daba la sensación de que admiraba su océano en busca de respuestas. Eso no le daba miedo; ella misma lo había hecho en innumerables ocasiones. Era otra cosa. Algo distinto. Tan diferente que, cuando se percató del motivo, la arena se convirtió en una pista de hielo. Jamás se había cruzado con alguien como él. Dudó entre correr en dirección contraria u ofrecerle su compañía silenciosa, aun a riesgo de morir helada.

Tardó tanto en tomar una decisión que él notó su presencia. Su rostro se volvió hacia ella, que contempló cada movimiento como en una película en blanco y negro, fotograma a fotograma. Despacio, titubeante. El choque con aquellos iris desprovistos de vida la noqueó.

Lucas, que por tercera vez en ese día sintió que alguien lo examinaba, arrugó la frente, se metió las manos en los bolsillos de las bermudas y avanzó hacia la chica rubia que clavaba la vista en él. Sin prisa, dándole tiempo a que se apartara de su trayectoria. Vestía un top azul marino y un pantalón corto ceñido a un cuerpo bonito. Se fijó en sus muñecas, repletas de pulseras; en sus manos, con un par de anillos en cada una. Resiguió el contorno de sus piernas hasta toparse con una tobillera de cuero y caracolas en la derecha. Alzó de nuevo la vista hasta su cuello, del que pendía una gargantilla con el símbolo de la paz. Muy australiano y típico todo. Los labios de Lucas se curvaron por el estereotipo que tenía frente a él.

Cuando estaba a menos de un metro, elevó la cabeza. Sus ojos chocaron; Lucas los mantuvo anclados en ese punto hasta que sus cuerpos quedaron paralelos. Entonces, sacó una mano del bolsillo y rozó con el meñique el brazo de Cameron, que entreabrió los labios para exhalar una bocanada de aliento gélido. Él, convencido de haber ganado ese duelo de miradas con una desconocida, prosiguió su camino, pero su mente rememoraba ese toque que le había contraído el estómago. Se apresuró a dejarla atrás a grandes zancadas.

No podía sucumbir.

No permitiría que su instinto animal resurgiera cuando apenas habían transcurrido cuarenta y ocho horas desde su último error.

Cameron fue entrando en calor a medida que él se alejaba.

—¿Qué ocurre? —Sophie le arrebató la bolsa de conos. Solo eso la hizo reaccionar—. Archer está que muerde. Son las seis y dos, Cam.

—No lo sé. —Se giró y señaló al turista—. Es como un mejillón sin mejillón. Una valva vacía.

¿Quieres más? Lucas y Cameron te esperan en Amazon.

Enlace: <https://mybook.to/saboramar>